

FERNÁNDEZ ROJANO Y SU CANTERÍA

JUAN M. MOLINA DAMIANI

Le advertía Federico García Lorca ¹ al auditorio de su conferencia sobre los poemas de *Poeta en Nueva York* que su explicación no buscaba de ninguna manera entretener. Aunque yo comparezco ² esta tarde ante ustedes a título, más o menos, de pariente del autor, destinatario de la dedicatoria de este libro, tampoco va a resultar, creo, grato mi acercamiento a *Hijos de la piedra*. Si la genealogía de Fernández Rojano —novelista, gestor, traductor, periodista, profesor y poeta perezoso ante la fama: voz extraterritorial, inexistente para la historiografía hegemónica— está enterrada en sus malditismos de comienzos de los ochenta, cuando su primo hermano Fernández Tejada, decía, en su *Fumatoria acentuada bajo un intenso olor de piano*,³ aquello de «A dulce hora liaremos / un cigarrillo de quif. / Yo tomaré ron pálido / y ella beberá de mi vaso. / El disco de Gardel sonará / en el gramófono y la vida / se quedará un poco tango», su progresión actual, no menos dado a la quietud, acaso puedan resumirla unos versos que la hija de Guillermo, Lara Fernández, recogía recientemente en sus *Disfuncionales*,⁴ territorio personal de acceso restringido al que «te permito pasar / [...] si tu dolor sólo sobrepasa / el grito de los excluidos del paraíso». Cercada por este periodo de tiempo asomado a la libertad pero condenado a la exclusión, opera la opinión pública hegemónica, básicamente al margen de una conciencia social solidaria, territorio de frontera entre la dicha y el dolor, ante el que Guillermo Fernández Rojano se posiciona desde este libro difícil, fuera de los cáno-

¹ Federico García Lorca, «[Conferencia. Un poeta en Nueva York]» en *Poesía. Revista ilustrada de información poética* 23-24, 1932, «Federico García Lorca escribe a su familia desde Nueva York y La Habana [1929-1930]», edición de Christopher Maurer, 1978, Madrid, págs. 111-126, sin título.

² Texto leído el 31 de enero de 2019 para presentar *Hijos de la piedra*, de Guillermo Fernández Rojano —«Premio Internacional de Poesía Miguel Hernández-Comunidad Valenciana, 2018» a partir del fallo del jurado que integraban Blanca Andreu, Joaquín Juan Penalva, Arcadio López Casanova, Juan Pastor, Aitor L. Larrabide y presidía Francisco Javier Díez de Revenga—, en la Librería Enlace de Madrid, acto organizado por la Fundación Cultural Miguel Hernández y la Editorial Devenir, en el que también intervendrían Juan Pastor, Antonio Hernández y Fernández Rojano.

³ Guillermo Fernández Tejada, *Fumatoria acentuada bajo un intenso olor de piano*, Granada, por atención del autor, inédito, 1983, 75 poemas.

⁴ Lara Fernández Delgado, *Disfuncionales*, Castelló de la Plana, Taller Clandestino de las Letras, cubierta de Martina Adell, 2018, pág. 50.

nes clasificatorios al uso, como deja ver el poema «Telaraña»,⁵ con conciencia de la paradoja de que el marginal también forma parte del sistema, sin idealismos simples, como nos enseñó a sus discípulos José Viñals.⁶ Escritura singular, aparentemente desordenada la de este poemario que se resiste a ser clasificado dentro de los raros e inclasificables de esta época opaca, sobre la que proyecta una luz clara que descubre la oscuridad a la que todos contribuimos. Sí: libro este *Hijos de la piedra* claro, por más que resulte a primera vista oscuro, como nuestra época, y un punto hermético, si bien quienes así lo puedan (des)calificar, como apuntaba Benjamin⁷ de Goethe, seguramente lo hagan a partir de sus prejuicios morales, prevenidos ante las matrices estéticas de estos poemas nada inocentes ni ingenuos. No hay duda: el lenguaje excéntrico de Fernández Rojano, hijo de la piedra antes que de la ira, no pretende escapar de la vida sino asomarse a ella, para toparse de bruces con su materia demasiado inhumana, una vez que su poema inicial nos conminaba a sus lectores a ser, con un imperativo radical: «Sed, / si somos infinito, si somos Espacio / donde el mundo emerge, / ¿para qué tanta búsqueda / y vencimiento?».

El aislamiento que resguarda la vida de Guillermo Fernández Rojano lo ha facultado para adaptarse a lo que pudo ser su inadaptación primera de los años ochenta. Ahora, sin embargo, la terquedad de su conciencia le permite acometer, confesional y romántico, la autopsia estética de un cadáver, el de la extinción de la personalidad de la que todos somos víctimas –artistas incluidos–. En efecto: con el presente, el décimo-tercero de sus libros éditos, continúa la cosmovisión poética de Fernández Rojano sitiando coherentemente la incoherencia deshumanizante de este tiempo. Ahí quedaron, por ejemplo, sus dos primeros poemarios, *Infortunios y descabros del poeta Gaspar y otros personajes en hora menguada o nuevas hazañas y desventuras que los siglos nefastos engendraron en los hombres amarillos y en los perros enamorados*⁸ y *Pon pan para pájaros*,⁹ coetáneos de las ilusiones colectivas de los primeros ochenta, vividas por su persona con todo tipo de excesos culturalistas, creacionismos paródicos y radicalismos cínicos nada neorrománticos. Empero, no hace

⁵ Guillermo Fernández Rojano, *Hijos de la piedra*, Madrid, Devenir, 2018, pág. 54.

⁶ Viñals José, *El príncipe manco o la reina de palo o el insomnio de Góngora o la transmutación de Velázquez o Pedro Pablo Pont Vergés*, ilustraciones de Pont Vergés, Buenos Aires, Torres Agüero Editor, 1973, págs. 15 y 25.

⁷ Walter Benjamin, *Calle de dirección única*, [1928], traducción de Jorge Navarro Pérez, Madrid, Abada, 2011, pág. 38.

⁸ Guillermo Fernández Rojano, *Infortunios y descabros del poeta Gaspar y otros personajes en hora menguada o nuevas hazañas y desventuras que los siglos nefastos engendraron en los hombres amarillos y en los perros enamorados*, cubierta de Julio Juste, Jaén, H muda, 1981, 25 págs.

⁹ Guillermo F.[ernández] Rojano, *Pon pan para pájaros*, Jaén, Diputación Provincial, prólogo y epílogo de José Nieto, 1985, 103 págs.

falta remontarse a los comienzos de su trayectoria para reparar en la vasta iconoclasia de Fernández Rojano, quien en estos *Hijos de la piedra* incluso apunta ahora una «Normativa de expurgo» (pág. 41) a favor del todo vale, nada se tira y el poema teórico en blanco, por más que su poética práctica se oponga a las retóricas romas de lo literario y la oratoria pegadiza del charlatán, siempre en pos la música analógica de nuestro poeta, por el contrario, de la que tenemos ahí, de fondo, a la vuelta de la esquina, pero cuyos ruidos nos confunden y no nos dejan pensarlos. Distorsiones y estridencias, mucho oído, por favor, con los que dialoga la música apodíctica de Rojano, quien si la acuerda a la respiración dialéctica del artista barroco que es, evita la de los metrónomos de guardia, de tal suerte que no faltarán en este libro ni poemas en verso y prosa ni versículos de muy distinta naturaleza contrapuntística, automáticos algunos, fraseados la mayoría. Música trágicamente misteriosa, al compás de su vida retirada, que se entrega así a la enumeración caótica, al informalismo del poema a caballo de metros medidos y desmedidos, siempre fiel, sin retoricismos de bajo costo, a oír lo que tantos no queremos ni que se nos insinúe, eso mismo que atrapa su yesca musical, marea callada y cruda que se agarra a los cuernos de nuestro fracaso civil.

Que Fernández Rojano no tenga prevenciones contra el Romanticismo, ni menos aún del superromanticismo, de ordinario más objetivo y azaroso, explica que su operativo poético distinga de entrada poesía «lenguaje» y poesía «vida», reconociendo la forma como anterior al contenido, una y otro, los dos, sujetos además a la música. Vida dicha, lenguaje vivido, canto que sana la conciencia porque su belleza mitiga la crueldad final de su sentido. Palimpsesto cultísimo el de Guillermo, cuya pegada escrituraria espanta incluso a los murciélagos que frecuentan en las noches sus salones más oscuros. Palabra, con todo, pese a su ondulación metálica, que se borra para darse su sentido, conceptual y propio, muy prieta, de alcance místico incluso, como la de «Naturaleza viva» (pág. 51), adonde las formas copian de las invenciones de los mundos que crean, la mayoría con ruidos agrarios, aunque también se oigan los de la vida provinciana, los de la cosmópolis y los de una vena enferma del hambre que va a acabar con el pobre, visto que la globalización y sus ciberfilias tampoco parecen combatir cuerpo a cuerpo a la pobreza. Invención de formas o de mundos: invenciones jamás fraudulentas porque se acometieron al unísono, poéticamente, sin concesiones al aludir artístico, esa salida que acostumbra usar la conciencia cuando huye tras haberse perdido. Poco, muy poco, ha fantaseado Fernández Rojano, lo que ha venido a materializar, en fin, su imagen de viejo poeta, del poeta Guillermo, legendaria quizá, tan cosmopolita que su culturalismo castizo remite al de un novísimo que se supiera en el fango, junto a Miguel Hernández, Ezra Pound, John Milton o el físico Georg Christoph Lichtenberg. Vida y obra, entonces, aforísticas, escépticas,

irónicas e ilustradas por la simultaneidad galáctica de Fernández Rojano, aristócrata a salvo de los tardorrealismos enemistados con los románticos históricos porque su modernidad resulta tan primitiva que aspira a lo clásico antes de que fuera secuestrado por las academias, los museos de vanguardia y los escalafones escolares. El palimpsesto con el que esta obra jugaba, creyendo que así se escaparía, tan pronto como cobra encarnadura se pone, ay, incómodo, duro, conciencia insomne presa de un vendaval detenido, donde «Solo respirando bajo la densidad es posible atenuar el ruido que produce la vida al irse» (pág. 37). Tremendo, sí, que un juego te descubra tu trampa sin quedarse maternalmente tierno.

El superrealismo de Fernández Rojano no exige que el lector les busque un sentido primitivo a las palabras: nada hermético sino claro, su carga simbólica la manifiesta su humanidad. Porque el término «superrealismo» ha perdido su pegada realista, precisado quede que el de Rojano lo es por su visión, *i. e.:* por su óptica, apenas irracional, sometida a la razón del lenguaje con el que juegan sus imágenes, instantáneas que parecen hacernos soñar pero acaban despertándonos, *Hijos de la piedra* capaces ya, despabilados, de presenciar lo sensible y desrealizar lo evidente gracias al informalismo de nuestro poeta, descaradamente de parte de la vida. En ella desemboca el feísmo de Fernández Rojano, cuyos poemas se encuentran entonces con lo que no esperaban, con lo que nunca imaginaron que un día podrían recordar sin querer, nuestra culpabilidad iluminada. Como un sueño de Francisco de Goya, la rebeldía de esta obra ante el presente deriva de la ternura con que acepta que vencer pasa por desterrar la pureza, por encajar que el capitalismo de ocupación, tan sanguinaria su pedagogía neofeudal, estetiza la violencia conforme nos inventaría en su bestiario, mejor: en su *insectario* –por decirlo con el título de ese libro que García Lorca– tenía pensado escribir a su vuelta de Nueva York o recientemente agitaba Ferrer Lerín para otro suyo, de su irradiante paleolítico profundo.¹⁰ En efecto, el Estado, sus pudrideros y proveedores, son sentados en el banquillo de *Hijos de la piedra*, como *Tierra* [2015],¹¹ libro político al tanto de que el lenguaje miente si no se deja tomar por la poesía que expresa el dolor, esa misma que incuba sus larvas más rebeldes en la carnaza de nuestra mansedumbre y se revela canto de resistencia frente a nuestra egolatría social, antropófaga y cainita, boba además porque participa de ese constructo tan de ahora donde la elección se plantea entre capitalismo o fascismo, pasando por alto no solo que democracia y capitalismo son más bien incompatibles,

¹⁰ Francisco Ferrer Lerín, *Edad del insecto [1959-1975]*, prólogo y selección de textos de Javier Ozón Górriz, dibujos de F. F. L., Barcelona, Sd.edicions, 2016, 198 págs.

¹¹ Guillermo Fernández Rojano, *Tierra [Manicomio de Dios]* (2014), *Así en la tierra* (2015) y *Tierra* (2005), Castelló de la Plana, Taller Clandestino de las Letras, nota de contracubierta de Juan M. Molina Damiani, 2015, 229 págs.

sino que el capitalismo suele ponerse cíclicamente fascista a las primeras de cambio. Así, en el clima de degradación intelectual que nos preside, parásitas las mayorías de los inmovilismos que canceran el pensamiento, nos pregunta la poesía humana de Guillermo Fernández Rojano, sencillamente viva, por la posibilidad de que la Justicia se empeñe no solo en que se cumpla la Ley, sino antes bien en liberarse de sus cuadrículas para hacer entonces posible el progreso.